

J. A. WHITE

# HISTORIAS DE NOCHE



Sabes que las cosas no pueden ir a peor si una escapada nocturna acaba contigo encerrado en el piso de una bruja. Y te das cuenta de lo equivocado que estabas y de que todo puede empeorar cuando te despiertas y ves que, lo que creías haber soñado, no era, ni de lejos, una pesadilla. Y ahí está Alex, atrapado en casa de una bruja, de las malas, maldiciendo el momento en que le pareció buena idea entrar en el piso de una desconocida a ver una peli de miedo. Porque si algo le han enseñado esas películas es que cuando una historia empieza así, seguro que acaba mal... Pero la suerte de Alex cambia cuando descubre que a la bruja Natacha le encantan las historias de miedo, como a él. Ahora tiene que entretenerla con ellas porque, a más tiempo permanezca con vida, más posibilidades tendrá de escapar...

El sorprendente libro que ha inspirado la película *Cuentos al caer la noche* de Netflix.

# Índice de contenido

1. La puerta equivocada
2. La voz en la puerta
3. Lo que hay en la mochila
4. Un cuarto lleno de macabros tesoros
5. La otra prisionera
6. La habitación de los vapores
7. La niña que siguió a un unicornio
8. La bella oscuridad
9. Lo que crece sin luz
10. Las vainas
11. La clase de sombras que tienen dientes
12. La historia de Yasmin
13. El bloqueo del escritor
14. El ingrediente que falta
15. Mentiras arriesgadas
16. Un par de ojos rojos
17. Problemas y soluciones
18. El otro lado
19. La historia de Natacha
20. La tía Gris
21. Magia inesperada

22. El regalo

Agradecimientos

Sobre el autor

*A Jack Paccione Jr.,  
mi cómplice en los mundos de la imaginación*

## 1

## La puerta equivocada

Cuando su familia se fue por fin a dormir, Alex se colgó la mochila al hombro, salió a hurtadillas del apartamento y cerró la puerta con cuidado para no hacer ruido. Sin la luz que entraba por los ventanucos, el rellano del octavo piso parecía más deprimente que nunca. Se quedó unos instantes sobre el felpudo, resistiéndose a la tentación de volver a la comodidad de su cama caliente.

«Si lo haces, mañana seguirás siendo el mismo Alex Mosher de siempre», pensó para sí.

«Rarito».

«Friki».

«Pringado».

«¿Es eso lo que quieres?».

–No –murmuró.

Así pues, se encaminó hacia el ascensor que estaba al final del pasillo antes de que le diera tiempo a arrepentirse.

Durante el día, los detalles de las vidas de sus vecinos se filtraban a través de las finas paredes: conversaciones amortiguadas, el escándalo de los televisores, el hijo de la señora García practicando con su violín. Sin embargo, a esas horas de la noche, el silencio era casi absoluto. Lo único que se oía era una bombilla mugrienta, que zumbaba cual abeja furiosa, y el roce de su mochila, como si lo que había dentro luchara por escapar de su destino.

«Lo siento –pensó, sintiéndose culpable–. Preferiría no tener que hacerlo, pero es lo mejor».

Llegó hasta el ascensor y pulsó el botón del panel destartalado. El antiguo mecanismo rasgó el silencio desde muy abajo. Alex hizo una mueca y miró por encima del hombro, temiendo haber despertado a los inquilinos. La escalera habría sido una opción más discreta, pero quería darse prisa para no echarse atrás.

¡Ding!

Las puertas se abrieron con un chirrido de dolor. Las paredes estaban forradas de espejos pringosos.

Alex entró y pulsó el botón del sótano.

El sótano era su espacio favorito de todo el edificio: un lugar extraño, espeluznante y hasta arriba de cachivaches abandonados por los antiguos residentes, como una especie de cementerio de objetos que nadie quería. Con todo, lo más alucinante era la caldera: un monstruo de hierro que se había construido hacía más de sesenta años. Él la llamaba la señora Humos.

Allí era donde debía ir esa noche.

Las puertas se cerraron, y el ascensor comenzó a bajar despacio y a trompicones. Alex golpeteó el suelo con el pie, impaciente. Aunque la mochila iba menos cargada de lo habitual, le pesaba como si llevara un ancla a cuestas.

«Me sentiré mejor cuando desaparezcan –se dijo–. Arrójalos al fuego y vete. Ni siquiera te quedes a verlos arder».

Desde luego, podría haber tirado el contenido de la mochila por el conducto de la basura y olvidarse, pero le parecía una crueldad. Incinerarlos en la señora Humos era más digno, como entregar un guerrero caído a las llamas. Pensaba que al menos les debía una buena muerte. Al fin y al cabo, había sido él quien los había creado.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron con un chirrido.

Alex miró a todos lados, confuso.

En vez del sótano, se extendía un pasillo familiar ante él. Comprobó la pantalla digital que había en la parte superior: 4. «Estará roto», pensó, y pulsó el botón del sótano con el dedo índice. El ascensor no se movió.

El niño dejó escapar un suspiro de resignación.

«Al final voy a tener que bajar andando».

Salió del ascensor y se dirigió a la escalera. El cuarto piso tenía la misma disposición básica que el octavo, aunque estaba bastante más oscuro. Miró las bombillas por si se había fundido alguna, pero parecían estar en buen estado. Así y todo, por algún extraño motivo, no alumbraban tanto como hubieran debido, como si la oscuridad de ese rellano en concreto fuera más impenetrable de lo normal.

«Serán imaginaciones mías –supuso, sin hacer caso del escalofrío que le recorría la espalda–. Las bombillas estarán viejas o...».

Entonces oyó voces.

Venían del apartamento que había al final del pasillo. Al principio pensó que serían los vecinos, pero cuando se acercó sonó una música inquietante de fondo, y se dio cuenta de que las voces pertenecían a los personajes de una película. Una sonrisa enorme se dibujó en su cara al reconocer los diálogos.

«¡Es *La noche de los muertos vivientes!*!».

La primera vez que la vio, Alex tenía cuatro años. Se suponía que debía estar durmiendo, pero los extraños sonidos procedentes de la salita despertaron su curiosidad, así que salió de la cama para investigar. Sus padres estaban acurrucados en el sofá, compartiendo un cuenco de palomitas, de modo que se escondió detrás de un sillón y clavó los ojos en la pantalla.

Nunca se había sentido tan aterrorizado en toda su vida, ni tan entusiasmado.

Cuando sus padres descubrieron que tenían un visitante inoportuno, ya era demasiado tarde. Alex se había enamorado. A finales de mes, sus trenecitos habían sido des-



terrados a un arcón en el sótano, reemplazados por monstruos de juguete, colmillos de plástico y un fantasmita de peluche llamado Boo. Desmontó sus camiones de bomberos y cohetes espaciales de Lego y usó las piezas para construir una casa encantada. Al ir a la biblioteca, se empeñaba en sacar los álbumes ilustrados con etiquetas de Halloween en el lomo, a pesar de que todavía estaban en junio.

*La noche de los muertos vivientes* había sido su introducción al mundo de la oscuridad, por lo que ocupaba un lugar especial en su corazón. Y ahora que la oía, un deseo irresistible de verla anuló el resto de sus pensamientos. Así que se aproximó a la puerta del apartamento 4E, atraído por la banda sonora como un pez a un anzuelo, y pegó la oreja contra ella. Era una de las primeras escenas, justo antes de que un zombi atacara a Barbara y a su hermano en el cementerio.

«Casi no me he perdido nada», pensó emocionado. En aquel momento había olvidado por completo la mochila y el motivo por el que había salido esa noche. Solo podía pensar en la película, y estaba ansioso por verla. Si hubiera pensado con claridad, tal vez se habría dado cuenta de lo absurdo de la situación. Al fin y al cabo, podía ponerse *La noche de los muertos vivientes* en el iPad siempre que quisiera, algo mucho más lógico que llamar de madrugada a la puerta de unos desconocidos. Pero, por desgracia, no pensaba con claridad. Sus ojos verdes, normalmente vivaces e inquisitivos tras las gafas, se habían vuelto inexpresivos, y tenía la boca abierta con gesto de interrogación, lo que hacía que se pareciese bastante a los zombis de la película.

Alex llamó a la puerta con tres golpes rápidos. Una mujer le abrió casi al mismo tiempo, como si esperase su llegada.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo, mirándolo de arriba abajo—. ¡Una visita!

Aparentaba unos veintitantos años, con la piel morena y el pelo corto de punta. Iba vestida toda de negro y muy maquillada, sobre todo alrededor de los ojos.

–Perdón –respondió Alex, aturdido. «¿Qué estoy haciendo aquí?»–. No sé por qué he llamado. Es que he oído...

–¿Qué has oído? –quiso saber ella, inclinándose hacia él con avidez–. Cuéntame.

–La película.

La mujer sonrió. Tenía unos dientes pequeños separados por brechas diminutas, que hacían que ella le recordara a esos extraños peces brillantes que acechan en las profundidades del océano.

–¿Una película? –preguntó, con auténtica curiosidad–. Qué original. ¿Cuál?

Alex la miró con extrañeza. El televisor seguía tronando a sus espaldas –el zombi estaba ahora golpeando la ventanilla del coche de Barbara–, aunque ella actuaba como si no oyera nada.

–¿No lo sabes?

–¿Por qué iba a saberlo? La película es para ti, no para mí. –Abrió la puerta del todo–. ¿Quieres verla? –lo invitó–. ¡Apuesto a que es una de tus favoritas!

Una punzada de miedo se abrió paso entre la niebla que empañaba su mente.

«Estamos en plena noche y estoy hablando con una completa desconocida como si fuera lo más normal del mundo –se dijo–. ¿Qué me está pasando?».

Dio un paso atrás, deseando marcharse lo antes posible... hasta que le llegó un olor delicioso del apartamento.

Pastel de calabaza, recién horneado. Su favorito.

Al aspirar el reconfortante aroma de la nuez moscada y la canela, todos sus temores se dispararon al instante.

«Esta mujer jamás me haría daño. No es más que una señora agradable a la que le gustan las películas de mie-

do, ¡como a mí!».

–Es *La noche de los muertos vivientes* –explicó Alex–. Del año 1968. Dirigida por George Romero.

–Anda –contestó ella–. Qué interesante. Pero, dime, ¿tenía razón? ¿Es una de tus favoritas?

–De las diez primeras. Justo entre *Déjame entrar* y *The Ring*. –Se encogió de hombros, disculpándose–. Me gusta el terror.

–Entonces eres de los míos –respondió la mujer, sonriente–. Sé que parece mentira, pero iba a ponerme a verla y he pensado: lo único que me falta es alguien con quien disfrutarla, alguien que la aprecie de verdad. Y, de repente, ¡estás aquí!

Se apartó de la puerta y le mostró a Alex un cómodo sofá y una mesa de café sobre la que había montones de galletas de avena con pasas y pastel de calabaza. Al otro lado de tan acogedora visión, una pantalla enorme reproducía las imágenes en blanco y negro que ansiaba ver: Barbara dando tumbos hacia la granja, donde se quedaría atrapada durante el resto de la peli, mientras la perseguían los zombis. Dio un paso al frente, hipnotizado.

–Pero no te quedes ahí como un pasmarote, tontito –dijo ella–. Entra.

Más adelante, aun sabiendo que había sido víctima de un potente hechizo, a Alex le costó creer la facilidad con la que había entrado al apartamento. En ese momento, fue como si su cuerpo no le perteneciera, como una polilla atraída por las luces parpadeantes del televisor.

Traspasó el umbral. La puerta se cerró a sus espaldas con un chasquido.

–Ya te tengo –musitó la mujer.

Acto seguido, le rodeó la muñeca con una mano helada, y Alex se quedó sin fuerzas, dejándose caer en los cojines de un sofá cercano, sin apenas poder abrir los ojos.

Ella se acomodó en una silla ante él. La sonrisa se había borrado de sus labios.

–¿Cómo te llamas? –preguntó.

–Alexander. Alex.

–Decídete.

–Alex.

Él echó un vistazo al apartamento, confuso. El televisor había desaparecido, junto con la mesa de café y el pastel de calabaza.

–¿Qué ha pasado con la tele?

–Nunca estuvo ahí.

–Sí –insistió él–. Yo la he visto.

–El apartamento hace todo lo necesario para que entres, aunque es distinto para cada persona. Lo de la película es una elección poco frecuente. Lo normal es que caigan con algo de comida. Ya sabes, los niños siempre piensan con el estómago.

–Olía a pastel de calabaza.

–¿Ves?

Cada vez le resultaba más difícil concentrarse. La habitación empezó a dar vueltas, como cuando te bajas del barco vikingo del parque de atracciones. Sintió náuseas.

–Quiero irme a casa –dijo.

–Ya sabes que eso no va a ser posible, Alex.

El niño se revolvió en su asiento, con una lentitud insoportable y la esperanza de emprender una huida desesperada hacia la puerta. Pero la puerta se había esfumado. El espacio en el que debía estar era ahora una pared vacía.

–¿Dónde está la puerta? –preguntó, medio grogui.

–Ya no existe –replicó la mujer–. Pero no te preocupes, no volverás a necesitarla.

–No es posible. Las puertas no... no pueden...

–¿Todavía no te has dado cuenta? –sonrió orgullosa–. ¡Soy una bruja! Igual que en un cuento. –Le tocó la frente con una uña–. Y tú, ratoncito, has caído en mi trampa.

Alex intentó levantarse, pero las piernas no lo sostuvieron y se desplomó en el suelo. La oscuridad se cernió sobre él.

## 2

## La voz en la puerta

Alex se despertó en la cama de abajo de una litera. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí. No movió ni un músculo, paralizado por el pánico.

Poco a poco fue recordando los sucesos de la noche anterior.

El ascensor. El apartamento.

La bruja.

«Pero no es una bruja de verdad –pensó, aturullado—. Las brujas no existen. No es más que una loca que se cree bruja. Pero ¿cómo pude ver una tele que no era real? ¿Me habrá hipnotizado o algo?».

Entonces le vino a la mente otra preocupación más inmediata, y se aferró a la manta.

«¿Quién estará durmiendo en la litera de arriba?».

Se quedó mirando las barras de hierro que sostenían el colchón que tenía encima, intentando oír alguna respiración. Como no oyó nada, se levantó y posó el pie en el último peldaño de la escalera que conectaba ambas camas. Luego asomó la cabeza rápidamente por la barandilla superior, pero no vio a nadie salvo un colchón viejo sin sábanas ni manta. Suspiró aliviado.

«Nunca creí que una litera pudiera dar tanto miedo».

El cuarto era pequeño, y los muebles, vulgares. Había un espejo de pie en un rincón y dos puertas. La primera que abrió daba a un armario, casi vacío salvo por unas cuantas prendas infantiles colgadas de la barra. Al pasar la

mano entre las camisas, pantalones y vestidos de distintas tallas, Alex se acordó de algo que había mencionado la mujer la noche antes: «Lo normal es que caigan con algo de comida».

«Que caigan –pensó, sintiendo un pavor espantoso–. No soy el primero».

Desde luego, si daba crédito a sus palabras, querría decir que el apartamento era capaz de leer la mente de los niños para atraparlos con el señuelo adecuado. «Como una versión mejorada de la casita de caramelo de *Hansel y Gretel*. En mi caso, ha sido con una película de miedo. –Contempló la ropa que tenía delante–. Pero ¿cómo lo haría con los demás niños? ¿Qué los trajo aquí? ¿El olor del chocolate? ¿Una voz amiga?».

–No –pronunció–. Es imposible. ¡La magia no es real!

Cerró la puerta con tal fuerza que las perchas vacías tintinearón en respuesta. De todos modos, aunque descartara el factor de la magia, todavía existía la inquietante posibilidad de ser uno más en una larga lista de niños que habían dormido en aquella habitación. Y si seguía el curso de sus pensamientos hasta las últimas consecuencias, se enfrentaba a una cuestión más inquietante aún: si no era el primer niño al que había secuestrado, ¿dónde estaban los demás?

Antes de que su imaginación calenturienta le suministrara más respuestas macabras, Alex estuvo a punto de tropezar con su mochila y cruzó el cuarto hasta la segunda puerta, que parecía normal en todos los sentidos, salvo porque había dos cerraduras en vez de una. La de arriba era corriente, pero la de abajo tenía una extraña forma de media luna.

«Será una cerradura especial para que nadie pueda escapar».

Estaba tan convencido de que iba a ser imposible abrirla que se le escapó un resuello cuando el pomo giró en su mano.

«Se le habrá olvidado echar la llave», pensó con un atisbo de esperanza.

Alex abrió la puerta lo más sigilosamente que pudo, conteniendo el aliento. La habitación siguiente era idéntica a la primera: una litera, un armario, un espejo de pie en el rincón. Entró temiendo que las tablas del suelo chirriaran y cerró la puerta con suavidad.

En cuanto lo hizo, esta desapareció y se convirtió en una pared normal.

—¿Cómo? —preguntó, y retrocedió horrorizado hasta que tropezó con algo que había en el suelo.

Su mochila.

—No puede ser —negó con la cabeza—. ¡La he dejado en el otro cuarto!

Sin embargo, tras mirar en el interior, no le quedó ninguna duda. O su mochila se había teletransportado de una habitación a otra, o estaba sucediendo algo más extraño todavía. Abrió la puerta del armario, temblando un poco.

Ropa infantil colgada de la barra. Exactamente igual a la que había inspeccionado unos minutos antes.

—Es el mismo cuarto —dijo asombrado.

Luego abrió la puerta de las dos cerraduras y fue asomándose de una habitación a otra, en busca de alguna diferencia. No había ninguna. Incluso podía ver cómo se abría la puerta al otro lado de la segunda habitación, y un número infinito de habitaciones idénticas más allá, como los reflejos de un laberinto de espejos. Alex levantó su mochila con curiosidad y vio que su gemela se alzaba en el aire, como el decorado de una casa del terror.

«Es una prisión mágica. No hay manera de escapar».

Entonces cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama. Los engranajes de su cerebro giraron a toda velocidad mientras trataba de entender el terrible embrollo que había puesto su mundo patas arriba.